

La Aventura de Vivir y la Perdurable Importancia de la Libertad

1. Crítica a la sociedad perfecta (a modo de introducción).

La mentalidad mítica fijó en la conciencia de los hombres la idea de un estado de cosas inicial en el cual los hombres vivían en condiciones paradisíacas. Desde los sumerios, pasando por semitas, persas y babilonios, hasta el presente, en cada cultura y en cada pueblo se ha desarrollado una particular idea del Jardín del Edén. A la vez, se han desarrollado explicaciones a la pérdida de esa Edad de Oro.

Desde la perspectiva de aquél estado ideal de cosas en el cual reinó la armonía, la paz y la felicidad completas, la vida en el presente es juzgada como deficiente, insatisfactoria y despreciable. Frente a lo lamentable de lo actual se construye y propone un discurso esperanzador que apunta a la recuperación de aquel estado paradisíaco de dicha inicial. Al concretarse tan maravilloso desenlace el dolor y la tragedia así como los sinsabores y conflictos de la humana existencia serán barridos y desaparecerán.

¿Quién no quiere un mundo feliz y perfecto? ¿Quién se resiste a vivir en el paraíso? La propuesta en sí y los anhelos que albergamos muy en el fondo de nuestra psique han permitido que las utopías sociales ejerzan una atracción subyugante y arrasadora sobre los hombres en todos

los tiempos, incluyendo el nuestro.

Este trabajo tiene como propósito analizar los argumentos elaborados por algunos intelectuales para rechazar las propuestas utópicas de una sociedad perfecta, idea dominante que ha aparecido innumerables veces en el pensamiento político occidental. También se analiza la visión liberal de la sociedad con el propósito de demostrar por qué el liberalismo como filosofía social parece ser una propuesta compatible con la condición humana y congruente con esa aventura que es el vivir.

2. Arendt, Oakeshott, Popper y Berlin.

Hannah Arendt señaló en múltiples ocasiones que la falla original de la filosofía política occidental ha sido el apartarse de

Julio César de León Barbero es licenciado en Filosofía por la Universidad de San Carlos, licenciado en Teología por la Universidad Mariano Gálvez y doctor en Filosofía por la Universidad Rafael Landívar. Profesor universitario de Filosofía y director del área de Filosofía Social del Centro Henry Hazlitt de la Universidad Francisco Marroquín, es autor del libro *El animal que sigue normas*.

Este trabajo se publicó originalmente en *Octavo Concurso de Ensayo Caminos de la Libertad: Memorias* (México: Fomento Cultural Grupo Salinas, 2014), pp. 203-217, y se reproduce con la debida autorización.

la realidad. Desde Platón la tendencia ha sido pensar en los problemas humanos y sociales desde la lejanía del mundo de las ideas. El método, o el camino, está trazado por la *Alegoría de la caverna*: se debe romper las cadenas que nos atan al mundo y renunciar a la oscuridad y confusión de la vida cotidiana.

Solamente instalados en el *topos uranus* es posible cumplir con esa tarea suprema que es el descubrimiento y la captura de la verdad. Una verdad que está allí esperando tan solo que un intelecto preparado y, por eso mismo, privilegiado, se la apropie y la engulla como el hambriento traga un pedazo de pan. La verdad sobre el gobierno, sobre la ley, sobre la economía, sobre nosotros mismos es algo ya hecho, dado de una vez por todas. Es tan sublime esa verdad que no todas las inteligencias están configuradas para poseerla y entenderla. Su absoluta perfección se encuentra por encima de las capacidades del mortal común.

Por lo anterior no resulta raro que muchas veces en la historia de las ideas políticas de Occidente nos encontremos con propuestas de sociedades utópicas. Peor aún, muchas veces en la historia de Occidente nos hemos encontrado con líderes políticos que creyeron que su misión era precisamente concretar aquellas utopías sociales. Con el vientre hinchado por haberse tragado la verdad, estos políticos se pavonean ante una humanidad ignorante que solo espera ser rescatada de su ignorancia y de su incapacidad para vivir.

No es de extrañar que lo que Hannah Arendt denomina la *tiranía de la verdad* ceda el paso a la imposición del modelo, del plan o del proyecto. Arendt no duda en ningún momento en responsabilizar plenamente a los intelectuales de haber

propiciado, junto a las masas ignorantes, el totalitarismo en Alemania.¹ Los intelectuales por estar muy enamorados de sus propias ideas y la plebe por seguirlos y creerles ciegamente.

Esa clase de intelectuales desarraigados promovidos desde Platón y por Platón no pueden aceptar nada que no sea una teoría social identificada con la majestuosidad de la verdad y un modelo de sociedad que no manifieste la belleza de la perfección.

Michael Oakeshott fue otro crítico de esa clase de intelectuales inspirados por la perfección y exaltados sin freno. Oakeshott llegó a la London School of Economics en 1950, año en el que Hayek la abandonó para irse a Estados Unidos. Como sabemos, la London School of Economics fue fundada con la misión de formar intelectuales y políticos que pudieran conformar la sociedad de acuerdo a patrones establecidos de buena organización, justicia y prosperidad. Los estudiantes albergaban grandes esperanzas y confiaban en obtener la capacidad y las habilidades ingenieriles que les permitieran elaborar y plasmar en la realidad el plano de una sociedad perfecta.

Desde el discurso de su toma de posesión como profesor de la London School of Economics, Michael Oakeshott manifestó que para él aquella era una enorme equivocación y una arriesgada soberbia intelectual. Racionalismo fue la palabra empleada por Oakeshott para identificar esa pretensión. La actitud del racionalista es la del geómetra: lo único que vale es la hoja en blanco sobre la cual se irán haciendo los trazos y en la que tomará cuer-

¹Véase Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 3ª ed. (Madrid: Taurus, Santillana, Madrid, 2011).

po el boceto de la sociedad perfecta. El pasado, la experiencia, las vivencias, la tradición y las costumbres no cuentan. Es más, son un estorbo que hay que barrer para dar paso al nuevo proyecto sociológico.

La obra más recordada de Oakeshott es, sin duda, *El racionalismo en política*, de 1962, en la que el autor procede a “analizar el carácter y la genealogía de la moda intelectual más notable de la Europa posrenacentista”, como él mismo dice. Oakeshott señala que el racionalismo como moda intelectual surgió a partir de la obra de Bacon y de Descartes. Ambos filósofos decidieron que si el conocimiento humano no había avanzado era porque carecía del instrumental adecuado y de procedimientos eficaces.

El *Novum Organum* de Bacon comienza diagnosticando la situación intelectual del momento y señala la urgencia de un método que conduzca la razón a la tranquilidad de la certeza. Bacon compara la técnica que propone con la del silogismo categórico. De este modo llegar a descubrir la verdad y el disfrute de la certidumbre son cuestiones que se logran al aplicar los principios, la técnica, el arte, el instrumento o el método que él recomienda. Este método puede memorizarse pues se trata de una serie de instrucciones claras; a la vez, el método no requiere de ningún otro tipo de habilidad o información puesto que todo está contenido en las instrucciones de modo que solo hay que aplicarlas. El método también asegura su aplicación en todos los órdenes de la realidad sin importar el tema u objeto de la investigación.

Descartes, igual que Bacon, estaba convencido de que la carencia de un método y de reglas claras de investigación era el problema a resolver. Procedimien-

tos adecuados era lo que se necesitaba para no caer en el error y alcanzar el pleno y verdadero conocimiento. Sus obras *El discurso del método* y *Reglas para la dirección del espíritu* constituyen la receta para el éxito cognoscitivo.

Tanto Bacon como Descartes crearon instrumentos para la obtención del conocimiento. Los procedimientos y las reglas debían ser correctamente aplicados e infaliblemente se llegaría al conocimiento y a la verdad. Como afirma Oakeshott, Bacon y Descartes propusieron una mecánica que llevaría a cualquier intelecto a la certeza y a la verdad. Establecieron que el método constituía todo el problema. Las reglas y procedimientos que elaboraron serían de aplicación mecánica y universal. Lo peor, sin embargo, señala Oakeshott, es que este racionalismo de la modernidad llegó a negar la existencia de otros tipos de conocimiento.

No es gratuito que Oakeshott considere el racionalismo como una severa infección que ha contaminado prácticamente toda la esfera de las ciencias sociales, por no decir todo el pensamiento occidental. Infectados por el racionalismo hemos llegado a aceptar el error de que nuestras conductas tanto como los principios de la convivencia pacífica fueron un día generados por la inteligencia humana y, peor aún, que en cualquier momento somos capaces de sustituirlas pues tenemos la capacidad de inventar otras a conveniencia. Es decir, el racionalismo pavimentó el camino hacia la utopía.

Karl Popper fue otro crítico de esa actitud que pretende imponer sobre los hechos algún modelo concebido en las altas esferas de la imaginación. Popper manifestó con insistencia su desconfianza en las revoluciones que pretenden empezar a construir la sociedad partiendo de un te-

reno vacío. Quien así procede encuentra inspiración en finalidades últimas cuya magnificencia justifica todo medio para alcanzarlas ya se trate de la felicidad, la eliminación de las desigualdades, o la hermandad entre los hombres. Popper llamó a esta tendencia historicismo.

El historicismo constituye una corriente de pensamiento que pretende descubrir las fuerzas que dominan el devenir histórico. Supone que la historia es un todo unificado que se desarrolla hasta alcanzar condiciones ideales de vida. Supone una transformación de la condición humana, una superación de toda limitación y tropiezo a la felicidad.

El historicismo fue desarrollado por intelectuales que creyeron haber tenido ante sí el pergamino íntegro de la historia humana. Esa lectura panorámica del acontecer histórico no solo les permitió explicar el pasado, también les facultó para predecir el futuro. Hombres como Hegel, Kant, Karl Marx, Oswald Spengler y Hitler creyeron cabalgar sobre el lomo de la historia visualizando desde ahí el destino final del hombre. Un destino preestablecido a concretarse irremediablemente.

Según Popper el historicismo ha servido para justificar y encubrir las decisiones políticas más aberrantes, inhumanas y perversas. En aras de ir a tono con las fuerzas históricas para lograr la paz perpetua, la sociedad sin clases o el bienestar de la raza superior cualquier proceder se justifica. En este sentido los totalitarismos marxista y nazi parecen haber sido los más inhumanos y criminales. Por ello Popper dedica su libro *La miseria del historicismo* a “los incontables hombres y mujeres de todos los credos, naciones o razas que cayeron víctimas de la creencia fascista y comunista en las Leyes Inex-

rables del Destino Histórico”.²

Isaiah Berlin debe ser mencionado también entre los críticos de los intentos por construir una sociedad perfecta. Berlin llegó a Londres procedente de Rusia en 1921 siendo todavía un niño. Se convirtió en profesor de Oxford, en un viajero incansable y en gran observador de la vida humana. Su primordial interés fue la historia de las ideas. Berlin estaba convencido de que ninguna idea se da en el aire sino en un entorno, en una circunstancia y en el intelecto de individuos que viven, se desenvuelven y reaccionan a ese entorno, a esa circunstancia en que están inmersos.

Berlin creía que la sociedad perfecta que tantas veces se ha imaginado, propuesto e impulsado, es algo imposible debido principalmente a que el monismo sociológico es una quimera. Es decir no puede encontrarse un único principio, ley o explicación que resuelva todos los problemas y conflictos propios de la vida humana. De hecho los hombres estamos siempre obligados a elegir y a renunciar; y renunciamos a valores igualmente importantes. Por ello una visión totalmente abarcadora de la sociedad y la búsqueda de un principio general que responda a todas las preguntas y resuelva todas las inquietudes humanas es una tarea destinada a fracasar. Berlin llamó monismo racionalista al intento de conformar la sociedad sobre un único principio y afirmó que “la idea de una sociedad perfecta, en la que vayan a converger las formas más perfectas de verdad, justicia, libertad, felicidad, no es sólo utópica (lo que pocos niegan) sino intrínsecamente incoherente”.³

²Karl Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), p. 7.

Hannah Arendt, Michael Oakeshott, Karl Popper e Isaiah Berlin, entre muchos otros, rechazaron abiertamente los intentos utópicos de crear una sociedad perfecta en la que se encuentren proscritos los conflictos, deficiencias, diferencias y contradicciones que caracterizan la vida humana. Optaron por aceptar en uno u otro sentido la visión liberal de la sociedad que parece ser la única compatible con la condición humana. Humana condición cuyo supremo signo es la autorrealización, el hacernos a nosotros mismos, el construir nuestro propio destino.

3. Hayek y el por qué y el para qué de la libertad.

La idea imperante en muchos círculos intelectuales opuestos al liberalismo es que la libertad es solamente un pretexto para defender el aspecto económico de la vida y para justificar e imponer la economía de libre mercado. No se puede negar la existencia de liberales que han caído en una especie de idolatría por el mercado, cuyo discurso padece las mismas lacras del marxismo ya que no toma en cuenta nada que se encuentre alejado de la producción, la comercialización y consumo de bienes y servicios.

No es que esté mal argumentar desde la perspectiva de los precios, los salarios, el comercio, la importación/exportación y producción de bienes. Tampoco se niega la importancia que tiene la búsqueda y el logro del bienestar aquí y ahora. Lo que sucede es que estas argumentaciones no

³Isaiah Berlin, “Giambattista Vico and Cultural History”, en *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas* (Henry Hardy, ed.), 2ª ed. (Princeton: Princeton University Press, 2013), p. 65 (traducción libre).

solo se quedan cortas sino que han dado lugar a falsas interpretaciones del liberalismo.

No son pocos los autores, académicos y científicos sociales que acusan al liberalismo de caer en un reduccionismo económico y de promover lo que se ha dado en llamar la tiranía del mercado. Para autores como Harold Laski,⁴ Pierre Bourdieu,⁵ Norbert Lechner⁶ y Franz Hinkelammert,⁷ entre otros, el liberalismo es una defensa casi enfermiza de la libertad económica y nada más.

Como toda concepción de la libertad se deriva necesariamente del concepto de hombre que se tenga, estos críticos del liberalismo sostienen que el concepto antropológico liberal no es otro que el de *homo oeconomicus*. Tony Andreáni es uno de ellos. Afirma que: “El *homo oeconomicus* es un calculador objetivo, que posee la completa información y puede, por tanto, hacer las combinaciones

⁴Harold Laski, *El liberalismo europeo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003).

⁵Pierre Bourdieu, “La esencia del neoliberalismo,” en *Seis artículos de Pierre Bourdieu publicados en Le Monde Diplomatique* (Santiago de Chile: Aún creemos en los sueños, 2002).

⁶Norbert Lechner, “El proyecto neoconservador y la democracia”, en Julio Labastida Martín Del Campo (coord.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea* (México: Siglo XXI, 1986).

⁷Franz Hinkelammert, *Las armas ideológicas de la muerte* (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1977); *El nihilismo al desnudo: Los tiempos de la globalización* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2001); *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia* (Santiago de Chile: Editorial Católica, 1970).

de bienes según los niveles de satisfacción. Es un ser aislado que no es afectado por las influencias sociales”.⁸

Jorge Vergara Estévez, profesor de la Universidad de Chile, en versiones abreviadas de su tesis doctoral para la Universidad de París 8, señala que la concepción liberal del hombre se resume así: La actividad humana principal sería la económica y ésta se realizaría en el mercado. Por ello es que las funciones humanas esenciales serían las de poseer, intercambiar, acumular, y consumir. Los hombres actuarían o deberían proceder guiados por el egoísmo, y la conducta adecuada sería el cálculo de maximización de beneficios y minimización de costos.⁹

La mayoría de autores citados anteriormente registran referencias a la obra de Hayek, Mises y Popper pero, en general, padecen una grave ignorancia de la totalidad del sistema de pensamiento de estos paladines de la libertad.

Friedrich August von Hayek después de compartir con Ludwig von Mises cinco años de trabajo y amistad en la *Abrechnungsamt* (Oficina de cuentas) en Viena abandonó su admiración por el socialismo y se dedicó a buscar en el liberalismo clásico respuestas a sus inquietudes en torno a la vida en sociedad.

Al final de los años veinte del siglo pasado Hayek se entregó por entero a elaborar una visión de la sociedad y del hombre que privilegia la libertad individual. Personalmente tengo que confesar

⁸Tony Andréani, *Un être de raison: Critique de l'homme oeconomicus* (París: Éditions Syllepse, 2000), p. 13.

⁹Jorge Vergara Estévez, “La utopía neoliberal y sus críticos”, *Al Margen*, No. 5 (Bogotá, marzo 2003), y *Laberinto*, No. 12 (Universidad de Málaga, julio 2003).

que desde el primer momento me impresionó la razón primordial por la que coloca la libertad como valor y el valor de la libertad por encima de todo. Su interés es decididamente antropológico. Esto sale a la luz en los argumentos planteados en el primer capítulo de *Los fundamentos de la libertad*. Allí el autor deja de lado los argumentos meramente económicos que algunos esgrimen casi exclusivamente para reclamar y defender la libertad.

En ese primer capítulo de *Los fundamentos de la libertad*, Hayek deja claro que es en función del ser humano que la libertad debe defenderse. El ser humano en cuanto tal. No hombre como consumidor, como productor o en tanto comerciante sino el hombre en tanto hombre. Ese que es cada uno de nosotros y que esencialmente es un ser que debe llevar a cabo la enorme tarea de construirse a sí mismo. Como la vida nos es dada pero no nos es dada ya resuelta, estamos en la obligación de tejer la trama, el lienzo de nuestra vida personal. Esta tarea es absolutamente intransferible e irrenunciable porque nadie lo va a hacer por nosotros.

Esa condición humana que nos obliga a hacernos a nosotros mismos, a tomar decisiones (acertadas o equivocadas, no importa) y a autorrealizarnos exige un ámbito de libertad; requiere que no estemos sometidos a la voluntad arbitraria de terceros. Por ello el liberalismo parece ser la única visión socio-política que mejor engrapa con esa condición humana.

En la antigüedad, dice Hayek, libertad “significó en todo momento la posibilidad de que una persona actuase según sus propias decisiones y planes (...), significado que mantiene la idea de independencia frente a la voluntad arbitraria de un tercero”.¹⁰

¹⁰Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la*

El ser humano es pues alguien que tiene una vida que ha de vivir por su cuenta. Por ello, dice Hayek, “la libertad, por tanto, presupone que el individuo tenga cierta esfera de actividad privada asegurada”.¹¹

Es la clase de seres que somos los humanos lo que exige que se reduzca cuanto se pueda la coacción arbitraria pues esta nos deshumaniza y nos convierte en mero instrumento para que otro concrete sus metas. Al respecto, dice Hayek: “La coacción es precisamente un mal, porque elimina al individuo como ser pensante que tiene un valor intrínseco y hace de él un instrumento en la consecución de los fines de otro.”¹²

No aparece por ninguna parte aquí el *homo oeconomicus*. En su lugar hallamos al ser humano de carne y hueso instalado en las circunstancias normales de la vida, en franca lucha por hacerse a sí mismo y labrarse su propio destino, con todo lo que eso implica. Porque la vida, ya se sabe, es frágil y alejada de toda lógica, del silogismo y de lo predecible. Por ello es una aventura. Una aventura que cada quien debe vivir a su manera. La marcha por la vida, igual que la marcha por la historia, es un desfile por senderos de incertidumbre, primero por no contar con todo el conocimiento e información y, segundo, porque nada ni nadie puede garantizarnos un saldo de beneficios que compense los esfuerzos, los sacrificios y las renunciaciones que son parte de los sueños y los proyectos humanos.

libertad, 4ª ed. (Madrid: Unión Editorial, 1982), p. 33.

¹¹Ibid., p. 34.

¹²Ibid., p. 45.

Los dos grandes liberales del siglo XX, von Mises y von Hayek, rechazaron abiertamente el concepto de *homo oeconomicus*. Jamás tuvo cabida en sus programas de investigación. Mises cataloga de grave error cometido por ciertas corrientes de economía el que se ocuparan de estudiar la conducta del *homo oeconomicus* y dice categóricamente: ese supuesto personaje jamás gozó de existencia real; es tan solo un fantasma creado por arbitrarios filósofos de café. Nadie se guía exclusivamente por el deseo de enriquecerse al máximo; muchos ni siquiera experimentan esas apetencias materialistas.¹³ Y más adelante, en su *opus magnum*, Mises –refiriéndose al *homo oeconomicus*– reitera que “la gente, en su inmensa mayoría, es bien diferente. El estudio de la conducta de ese ser imaginario de nada sirve cuando lo que se pretende es aprehender la realidad tal cual es”.¹⁴ Y por si no bastara, el autor de *La acción humana* insiste: “La ciencia económica se ocupa de la efectiva actuación del hombre tal como éste opera en el mundo. Sus teoremas jamás se refieren a tipos humanos ideales o perfectos, a un fabuloso hombre económico (*homo oeconomicus*) (...) su objeto de estudio es el hombre con sus flaquezas y limitaciones, como en realidad actúa y vive. Toda acción humana interesa a la praxeología”.¹⁵

Hayek igualmente rechaza la idea del *homo oeconomicus*. En el contexto del análisis que hace de las dos tradiciones de la libertad, la británica y la francesa – capítulo IV de *Los fundamentos de la*

¹³Ludwig von Mises, *La acción humana: Tratado de economía*, 5ª ed. (Madrid: Universidad Francisco Marroquín-Unión Editorial, 1995), p. 75.

¹⁴Ibid., p. 292.

¹⁵Ibid., p. 769.

libertad—, dice: “la tan celebrada ficción del homo oeconomicus no fue un aspecto original de la tradición evolucionista inglesa. (...) El homo oeconomicus fue explícitamente introducido por el joven Mill, juntamente con otras ideas que pertenecen más bien al racionalismo que a la tradición evolucionista.”¹⁶

El hombre con sus flaquezas y limitaciones, tal como en realidad vive y actúa y que tiene un valor en sí mismo constituye el punto de partida de la filosofía social de Mises y Hayek. Es el racionalismo que ha entrado como a hurtadillas en el tema de la acción humana lo que conduce a muchos a creer que la racionalidad de la acción consiste en proceder lógica y matemáticamente buscando siempre la maximización del beneficio entendido en términos dinerarios. No es así. Los hombres actuamos movidos por sentimientos y pasiones; por conservar la aceptación del grupo; por recuerdos largamente guardados; por la influencia de la familia o de los amigos, por ideales muchas veces ubicados fuera de este mundo.

El principio que establece que siempre actuamos racionalmente tiene otro significado. Se refiere a que al actuar no solamente distinguimos los medios de los fines sino que tratamos de adecuar esos medios a la concreción de las metas que consideramos —en el momento— más apetecibles y de mayor significado valorativo. Así procedemos siempre. Y esa toma de decisiones que implica renunciaciones y elecciones se va armando el entramado de la vida, de nuestra vida. Ya sea que nos equivoquemos al elegir los fines o al escoger los medios —o en ambos casos—, no importa. Lo que hacemos es cumplir inexorablemente la suprema tarea de ha-

¹⁶Hayek, op. cit., p. 93.

cernos a nosotros mismos, de hacer nuestra vida.

Debe quedar muy claro, entonces, que la sociedad de hombres libres de la cual es parte importante la economía de libre mercado es condición necesaria, aunque no suficiente, para que el hombre, en cuanto hombre, cumpla más fácilmente la gigantesca tarea de alcanzar sus fines y concretar sus planes existenciales. La sociedad de hombres libres y la economía de libre empresa permiten el desarrollo de esa aventura impredecible que es la vida de cada cual.

La sociedad de hombres libres y la economía basada en la propiedad privada de los medios de producción no constituyen el seguro camino a la tierra de nunca jamás en la que viviremos sumidos en la abundancia y la felicidad eternamente. Promover la idea de que el mercado libre o el liberalismo constituyen la solución a todos los problemas de la existencia humana no deja de ser una especie de populismo de derechas.

El liberalismo, el libre mercado y la libertad individual no constituyen promesa anticipada de un mundo perfecto y feliz. Al contrario. Es precisamente contra esa clase de utopía que el pensar liberal se levanta y propone la mejor visión de la sociedad y de la economía que compagina con la imperfección de lo humano y la fragilidad de nuestra existencia. Existencia que, como diría Ortega y Gasset, es como el arquero que necesita siempre un blanco para su flecha.¹⁷

¹⁷La idea de la flecha que requiere siempre un blanco ha sido tomada del pensamiento de Aristóteles quien utilizó la metáfora para aclarar la necesidad de una teleología para la acción y la vida humana. Libro 1 de su *Ética a Nicómaco*.

4. El blanco de la flecha que es la vida.

Según el filósofo español, el blanco hacia el cual se orienta la flecha que es nuestra vida es el futuro. Por ello vivimos constantemente pre-ocupados, es decir, ocupados previamente con lo que aún nos espera en el porvenir. Así, vivimos haciéndonos cargo de lo que aún no es pero que le proporciona un sentido a nuestro quehacer y provee de razón a nuestros esfuerzos, desvelos, renunciaciones, sacrificios y trabajo.

De acuerdo a la doctrina eudemonista, que ha perdurado en el pensamiento occidental poco más de dos mil trescientos años, el blanco lo constituye la felicidad. Desde Aristóteles, en la época antigua, hasta John Stuart Mill, en la edad moderna, mucho se ha escrito sobre la dicha y la felicidad como el objetivo de la acción y de la vida de todos los hombres. El resultado de la propuesta eudemonista o utilitarista ha sido el desarrollo de teorías políticas y éticas que señalan la promoción de la felicidad como el deber primordial de la política estatal y de los actos humanos en general. Lo cual es no sólo absurdo sino imposible. Nadie puede tener como obligación el hacer feliz a nadie. Por esta y otras razones Hayek rechaza la doctrina utilitarista en cualquiera de sus manifestaciones.¹⁸

El rechazo hayekiano a la felicidad como el objetivo esencial del actuar humano se debe a que, siendo una propuesta hecha por John Stuart Mill, está íntimamente asociada con la concepción que Mill tiene del hombre: el *homo oeconomicus*. Ya hemos señalado el abierto re-

chazo que semejante concepto recibe en el pensar de Mises y Hayek. Pero otra razón elaborada por Hayek tiene que ver con la pretensión a que dio lugar la mezcla de semejantes conceptos: la de considerar a la razón humana capaz de prever los resultados de toda acción.

Dice Hayek: “La tesis sustentada por Bentham según la cual procede decidir la conveniencia de cualquier acto en función de la valoración de las correspondientes ventajas e inconvenientes, de manera que se arbitre un máximo de bienestar para el mayor número de sujetos posible, implica suponer que el actor está en situación de conocer cuántos efectos sobre terceros ha de producir su comportamiento”.¹⁹ Esta lógica, obviamente, exige que el hombre al actuar proceda a tomar decisiones basándose en un conocimiento pleno de los todos los efectos que sus actos provocarán. Algo imposible.

En un aclarador párrafo de su última obra, Hayek establece: “No hay ninguna razón para suponer, como lo hacen los partidarios del racionalismo y del hedonismo, que nuestra moral debe apuntar a la consecución de determinados fines; por ejemplo, el logro de la felicidad. Nada induce a pensar que la selección evolutiva de pautas de comportamiento más adecuadas para facilitar la supervivencia de una más nutrida población tenga nada que ver con el logro de la felicidad de nadie, y mucho menos que sea fruto de algún intento de alcanzarla. Por el contrario, son muchos los indicios de que si alguien hubiera intentado alcanzar de este modo su propia felicidad, habría sido sin duda arrollado por cuantos se esforzaban simplemente por sobrevivir”.²⁰

¹⁸Véase *Derecho, legislación y libertad* (vol. II), 2ª ed. (Madrid: Unión Editorial, 1988), Cap. 7, con el subtítulo “La falacia constructivista del utilitarismo”.

¹⁹Ibid., p. 48.

²⁰Friedrich A. Hayek, *La fatal arrogancia*:

Sobrevivir. Palabra clave en cuanto a la opinión que Hayek tiene respecto al posible blanco hacia el cual apunta esa flecha que es la existencia humana. Lo deja perfectamente claro en esa última obra publicada. Afirma allí que “la vida no tiene otro objetivo que la vida misma”.²¹ Asegurar la propia continuidad parece ser la condición *sine qua non* para la persistencia de la vida. Principio que ya había intuido Bastiat, puesto que en los primeros párrafos de *La ley* el autor francés parte del hecho de que si bien no pedimos vivir, hemos de procurar mantener la vida, desarrollarla y perfeccionarla.²²

5. A modo de conclusión.

Independientemente de cuál sea el fin último de la vida y de la acción humana, el liberalismo solamente propone que el medio vital y social más identificado con la vida humana es aquel en el cual la libertad para actuar se protege, preserva y defiende. En ese sentido la libertad es un medio, el mejor de todos, para que cada quien dispare su flecha, es decir, viva en función de sus propios planes y de los fines elegidos.

Para la gran mayoría de los seres humanos, incluidos aquellos que creen fervientemente en la libertad, existe una enorme brecha que los mantiene alejados de la libertad. Eso ha ocurrido por haber relegado la libertad al ámbito de lo estricto-

tamente económico. Por ende, solamente se acuerdan de la libertad cuando les afecta algún impedimento económico. Cuando son víctimas de los desastrosos efectos de las políticas económicas de los gobernantes. No se dan cuenta de que la libertad es crucial en cada instante de la vida, que la vida personal no es nada sin la libertad para preservarla, construirla y desarrollarla.

Entender plenamente lo que la libertad significa es llegar a aceptarla con absoluta seriedad sabiendo que si no consiste en la vida misma sin ella esa vida carece totalmente de significado y de sentido.

Se puede llegar a ser un “empresario” de “éxito” si se tiene capacidad de mandar a confeccionar leyes proteccionistas. Se puede prosperar económicamente si se posee la capacidad de operar por encima del sistema legal-impositivo. Se puede obtener enormes ganancias si se tiene el dinero para cubrir el precio de los políticos y burócratas de turno. Todo eso, sin embargo, nada tiene que ver con un compromiso con la libertad. Solamente se produce un compromiso serio con la libertad si llegamos a entender que sin ella es imposible ser plenamente humanos, auténticamente humanos.

La libertad en sí misma no es económica ni política; ni siquiera es social, no importa lo paradójico que eso suene. La libertad es sencillamente humana. Está indisolublemente ligada a lo antropológico, lo que equivale a decir que está encadenada a la tarea irrenunciable de hacernos a nosotros mismos y configurar nuestra existencia personal. Porque la existencia (que no pedimos) nos ha sido dada pero no nos es dada ya resuelta, ya hecha, ya configurada. Esta tarea es de cada quien. Es irrenunciable. Es intransferible. Ella constituye precisamente el vivir.

Los errores del socialismo (Madrid: Unión Editorial, 1990), p. 121.

²¹Ibid., p. 208.

²²Frédéric Bastiat, *La Ley*, prólogo por Manuel F. Ayau, traducción de Lucy Martínez-Mont (Guatemala: Centro de Estudios Económico Sociales, 2003).

La libertad como aquí se entiende nos provee una perspectiva distinta de las cosas. Le confiere todo el valor a aquello que no estamos acostumbrados a valorar y le resta valor a todo aquello que solemos valorar exageradamente. Dicho de otro modo: la libertad concede infinito valor a lo que en apariencia no vale nada (la vida misma) y señala la infinita falta de valor de aquello que parece tener todo el valor (lo económico). Nos desafía a no continuar confundiendo los medios con los fines.